

MARTENOCHTITLAN

mito, rito y sitio

JYST



Escriben: Stephanie León, María Alejandra Martínez Polanco, Juan Pablo Hurtado Valdez, Michelle Sitton, Ronay Flores Álvarez, Monserrat Palacios, Luis Daniel Hernández Reyes, Héctor Miguel González Velázquez, Jesús Ramírez, Angel Amaury Arenas Medina, Carlos Miguel Sandoval Roldán, Mariana Alejandra Hernández Silver, César García Flores, Mariajosé Amaral Chombo, Luisa Vidales Reina, Mariana Paredes, Paulina Romo Rodríguez, Sandra Carolina Jiménez Pedroza, Ángela Sofía Mora, Fermín Chávez Sánchez, Erick García Bruno, Margareth cruz, Muriel Uribe, Anne Johnson, Amadís Ross, Juan Claudio Toledo, Amado Cabrales, Andrés Souto, Marcela Chao.



UNAM
La Universidad
de la Nación

Mito

El origen

Homo Tuna

Los habitantes del globo terráqueo se vieron sorprendidos cuando una de las más avanzadas máquinas de inteligencia artificial anunció el comienzo de la *marterización* de la Tierra, una secuencia de eventos climáticos que alterarían el campo magnético del planeta.

El constante lanzamiento de naves espaciales, la explotación comercial del espacio, el derretimiento de los polos y la afectación al campo magnético crearon las condiciones perfectas para que la Tierra atrajera un rayo cósmico de energía electromagnética desconocida, proveniente del espacio profundo.

Las comunicaciones dependían totalmente de las avanzadas mediciones de tecnologías satelitales (debido a la segunda carrera espacial que trajo consigo nuevos artefactos y redes de comunicación) y de bases de datos que organizaban el consumo energético, el flujo de dinero, el crédito, la comida y el tiempo. Estas actividades eran monitoreadas por los gobiernos, que para 2033 habían avanzado mucho en el voto electrónico, el reconocimiento facial y la vigilancia. Estas tecnologías no pudieron escapar del rayo cósmico que golpeó a la Tierra. Cayeron todos los sistemas de comunicación digital inalámbrica. Las explicaciones nunca fueron contundentes, aunque gracias a que muchas agencias espaciales en América Latina se encontraban en constante investigación de las tecnologías ancestrales, se obtuvieron algunas posibles respuestas.

El caos que esto ocasionó en la Ciudad de México generó un quiebre social: la población quedó sin tecnología, sin acceso al dinero en sus cuentas de banco, sin sus teléfonos inteligentes de reconocimiento facial. Traía el recuerdo de los primeros días de la colonización cuando los españoles habían traído espejos. Nosotros los perdimos.

El calor era tan intenso en la Ciudad de México en esos años debido al alto impacto del calentamiento global que las personas estaban acostumbradas a salir solamente de noche; la falta total de luz y de tecnología digital rompió la organización social y comenzó un periodo de oscurantismo. La gente, aislada y sin comunicaciones,

confiaba sus esperanzas en nuevas religiones que ofrecían la promesa de un mejor mundo. Pero, en realidad, ¿había algo todavía que salvar? ¿Qué sentido tenía vivir en un mundo sin tecnologías inteligente?

La Ciudad de México en 2033

El paisaje se tornó desértico, crecieron muchas plantas cactáceas, las hojas de los árboles se adelgazaron casi hasta quedar como espinas, la atmósfera ya no podía limpiarse rápidamente por falta de pulmones verdes en la ciudad, se registraban ondas de calor en febrero y marzo y fríos intensos de noviembre a enero. Las plantas sobrevivieron a estas condiciones, las personas no.

Varios grupos indígenas habitaban las periferias de la Ciudad de México. Junto con las comunidades de Ecatepec lograron ser soportes de la difícil condición de vida de las personas en la ciudad. Para estos grupos organizados y acostumbrados a la crisis y a la escasez, la tierra, el cultivo, y la captación de lluvia se volvieron prioridad. A la par, la ciudad sufría duros episodios de violencia, desapariciones y motines por las últimas reservas de comida.

3 Comenzaron a surgir líderes locales en Ecatepec y zonas conurbadas que trataron de aliviar la desesperación de las personas con ayuda de sus narraciones ancestrales, tradiciones y maneras de relacionarse con la tierra. Una de estos líderes, una mujer wixárika, compartía historias sobre el cielo; cada noche hacía reuniones en diversos lugares para dar sosiego a la gente, un bálsamo ante el caos y la incertidumbre. Estas reuniones nocturnas llevaron a las personas a reconocerse de nuevo en el manto estelar, a recordar que antes de que las luces apagarán el cielo con su brillo nocturno existían las estrellas, la naturaleza y el espíritu.

La comunidad de Ecatepec fue una de las organizaciones más destacadas durante la etapa oscura del mundo, gracias a la gran diversidad de culturas de pueblos originarios que se encontraban ahí, que en algún momento habían viajado para tener mejores oportunidades de vida en la ciudad y por ello estaban preparados desde antes de nacer para una catástrofe de este tipo. Con sus conocimientos ancestrales; huicholes, wixaritari, otomíes, nahuas, mazatecos, zapotecos, chamulas, muchos de ellos doctores, ingenieros, estudiantes, líderes mujeres, personas no binarias y otros integrantes de pueblos indígenas se unieron para conectar lo mejor de sus culturas y generar

redes de supervivencia, dando origen a una mezcla cultural de gran inteligencia y camino espiritual.

Esta comunidad dejó de lado la inteligencia artificial, o más bien, la entendían de una forma distinta: ya no marcaba con hierro el futuro de la economía. Siempre se había mantenido una cosmogonía alterna, con orígenes situados en otras formas de entender y gestionar la vida, ahora era el tiempo de brotar de nuevo y reconstruirse.

Los graniceres, sabias y sabios tradicionales, predecían acontecimientos climáticos y cosmológicos, entendían y atendían las enfermedades del alma, sabían las formas de insuflar resistencia al espíritu cuando éste parecía quebrarse finalmente y no querer más nada. Resguardaron estos conocimientos en sus tradiciones y rituales, mezclados con esas condiciones precarias que no siempre les dejaban llegar a fin de mes, dormidos encima de un colchón con chinches, pero gozando de soñar con la vida. Estos seres de humilde y extravagante conocimiento presenciaron un evento extrañísimo, cósmico, con un olor frío de incertidumbre mezclada con pánico, quizá esperanza, una esperanza que se sentía sustancialmente distinta. Marcó a toda la comunidad, cambió su destino (o su origen) para siempre.

4

La caída

Era el inicio de una incansable misión, la de llegar a ese otro planeta. Inclusive sin llegar, desde su lejanía Marte enviaba un chiflón de aire frío, que alcanzaba a susurrar su presencia helada a los habitantes de la Tierra. Se les metía por debajo de la piel para erizarla, se adentraba, como una idea inquietante en la mente y al momento dolía la cabeza como cuando sorbes algo helado muy repentinamente. Estaba lamesa puesta para que sucediera uno de los acontecimientos más importantes, no se sabe si de la historia de la humanidad, con tal densidad de impacto que no había ni medio gramo de duda de su gran importancia. También ahí, así, a la brava, empezamos a recordar el futuro y a volverlo historia.

La caída comenzó con el impacto de un meteorito en la cima del Ehecatépetl. El tépetl se estremeció, los graniceres que se encontraban en su introspección, en el trance correspondiente a ese día, sintieron alrededor de ellos un torrente de plumas. Todos lo asimilaron irresolublemente: era Quetzalcóatl. Una tromba se soltó sobre el Ehecatépetl. Parecía ser que su Quetzalcóatl les quería comunicar

algo, los truenos azotaban la tierra, los techos no podían contener el agua, las plantas bailaban al son de las gotas, y de pronto un estruendo quebró el cielo. No fue un trueno, no fue una centella... La lluvia paró. La centella iluminó todo el cielo mientras era visto por la mayoría de la gente que quedaba habitando la Ciudad de México, trayendo consigo preguntas, curiosidad, pero también visiones míticas.

A uno de los graniceres, líder de una pequeña comunidad local cerca del cerro, se le había roto el trance. Apresurado y confuso, empezó a seguir la estela que Quetzalcóatl había dejado itinerante hasta llegar al lugar dónde había caído el cuerpo celeste. Llegar ahí y ver el centro del gran cráter que se había formado, aspirar sus vapores sin poder salir del todo de aquel estado límbico de perturbación, trance y vigilia, le hizo notar que todo estaba bañado por un color purpúreo, morado, con destellos índigo y también carmín. Parecían miles de hormigas líquidas corriendo agitadas, o burbujas tragando ansiosamente ráfagas de aire, se deshacían en fractales y palpitaban, levantaban un andamiaje de formas que le parecían extrañamente orgánicas y familiares. Había olas de texturas que se podían saborear, sonidos que salían de adentro de las manos y los ojos. Las visiones parecían surgir al rebotar y regresar esas ondas, ruidosamente, sobre aquel objeto que era el meteorito. No estaba seguro si se sentía solo, no sabía si en realidad había caminado hasta allí siendo un único individuo o si toda la comunidad se le había metido al cuerpo o, al contrario, si había salido de ahí. La pregunta ¿quién es quien está viendo esto? nadaba por sus pensamientos pero sin tener forma de palabras, se sumergían y salían a flote pensamientos sustancialmente extraños, que por ahora sería necesidad intentar de explicar y constreñir en una sola voz, en un lenguaje escrito. En verdad parecía que el pensamiento había encontrado un nuevo material que nunca se había conocido, ni siquiera se había pensado en la simple posibilidad de su existencia.

También surgió un nuevo “alguien”, Graniceres. Si queremos entender qué clase de *alguien* es, digamos que es como un ecosistema que a veces se siente individuo. Un poco como el humano, lleno de al menos unos dos millones de bacterias, ácaros, células, flora y fauna, órganos, pero que, al contrario, siempre se siente individuo, una sola pieza unificada, y no un conjunto integrado y heterogéneo. Graniceres es la comunidad que se formó alrededor de “La caída”, pero a veces es también unos cuantos o uno solo de estos individuos. En resumidas cuentas, no es un alguien estático sino fluido.

Cuando se empezó a recolectar este cuerpo galáctico, después de haber pasado un poco el shock, lo llevaron con un grupo de estudiosos autodidactas, especializados en meteorítica y ondas electromagnéticas, que se habían dedicado a la medicina ancestral, iridología y resonancia en los fenómenos de la naturaleza. El grupo contaba con registros de las piedras marcianas, en los antiguos registros del 2020, cuando algunas muestras llegaron a sus manos.

Para Graniceres, este meteorito, purpúreo como una tuna, representó la señal de que había que partir. La tuna palpitaba, vibraba, emitía calor y se comunicaba: el momento de migrar de la Tierra había llegado. En un acto ritual, Graniceres llevó la piedra a la punta del cerro donde fue encontrada, la quebró y dentro de ella encontró algo parecido a una semilla. Tomó con cuidado la semilla y la plantó en el cráter, al ser un lugar designado como sagrado por Graniceres, nadie podía acercarse. Así que la semilla comenzó a crecer.

La salida

Graniceres, en sus rituales y trances, comenzó a recibir señales desde el lugar al que su pueblo debería migrar: Marte. La comunidad entera estaba de acuerdo en que tenían que moverse de lugar. Ya no había más que hacer por la Tierra, ella necesitaba descansar, descansar de nosotros. Así que comenzaron los preparativos para partir.

Mientras la semilla crecía, las diversas comunidades en la ciudad comenzaron a organizar a la gente que sabía sobre los viajes al cielo, una gran comunidad de conocedores de biotecnologías, computadoras bacteriológicas, ingenieros, antiguos científicos, curanderos, matemáticos.

Graniceres y las fracciones que le conforman, aquellas que habían estado en el lugar y el día que se encontró el meteorito, empezaron a recibir en sueños los mensajes cósmicos. ¿Qué era lo que venía dentro del meteorito? Una variación genética del cactus, parecía ser una especie nueva. Aquello se volvió la clave para lograr el viaje espacial a Marte, sería su nueva nave. Ahora solo sería cuestión de esperarla nacer y madurar. Con el tiempo también entendieron, pues se les dijo en sueños, que los antecedentes de todos los cactus llegaron a la Tierra provenientes de especies de plantas nacidas en Marte hace 400 o 500 millones de años, gracias a una lluvia de micrometeoritos. Graniceres entendía que gracias a la tierra marciana

teníamos nopales, pitayas y otros superalimentos, que perduraron en la hostilidad del ambiente terrestre por miles de años. Así, en otro de los sueños se le anunció el destino: llegar al Monte Olimpo, lugar del que provenían los sueños y premoniciones de Graniceres.

La comunidad, los ehecaltepeteños, fracción un poco más pequeña dentro de Graniceres, comenzaron a preparar mochilas, tanques de oxígeno, herramientas, mapas, etcétera. Su conocimiento los llevó a usar materiales orgánicos e híbridos para afrontar el viaje y sobrevivir. Con el uso de los nuevos híbridos de cactus, crearon unas membranas que servían como segunda piel y los protegerían de la hostilidad marciana. Llevaban granos, chile, especias, burbujas de agua en las celdas celulares de los cactus, además de otras cosas que planeaban compartir con los “otros” con los que se podrían encontrar en Marte. Finalmente, el cactus terminó de crecer y los ehecaltepeteños tenían todo listo para partir. Graniceres y esa sección de sí mismo prepararon el cactus. La comunidad se reunió alrededor de él, y cada uno tuvo que beber una porción de un menjurje que los preparaba para aguantar el salto dentro de un hoyo de gusano. Ya en trance, el cactus extendió sus espinas e invitó a todos los ehecaltepeteños a entrar en él, y luego... nada.

Se fueron.

El viaje, que más que ser instantáneo fue confuso, quizá duró demasiado. Nadie supo si fueron algunos años o algunas generaciones. Los ehecaltepeteños dialogaban, disertaban, pensaban dentro de una sustancia de tiempo distinta:

—Ha sido difícil, en realidad vamos allá como migrantes. ¿Será esto nuestra expulsión del Edén?

—¿Sí entiende lo que le digo?

—Un poco, en realidad me cuesta. Este aire está muy denso, como que vuelve pesado el viaje que quieren hacer las palabras, no deja que circulen tan bien, y luego poco a poco los oídos como que se atrofian. O igual y es porque ya estoy medio vieja, aunque las dos lo estamos, claro. Quizá solo es que me siento más cansada y el ambiente no termina de arroparme. Pero sígame contando, ándele, entiendo que no huimos, tampoco una caída, sé que es algo distinto a una victoria, aunque de a ratos como que siento que lo ha sido. No sé, no termina de cuajar ni en un lado ni en otro. ¿Es una victoria llegar finalmente a otro planeta o no? ¿Cómo lo siente usted?

—Mis canales están confundidos, pero la estoy escuchando, yo tampoco sé bien. Aunque siempre tuve sueños. Sueños de ir a otro lugar, sueños que se vuelven inexplicables cuando se sale de ellos y se intentan narrar.

—Es verdad, pero también había otra especie de sueños. Esos, en los que se tenía la sensación de que se bajaba por una espiral que llegaba a unos grandes almacenes subterráneos. Se volvían muy sustanciosos y tangibles, porque claramente podía verme dentro de ese lugar, donde el nivel del techo apenas estaba a un metro setenta de altura, pero las paredes, yendo hacia todos los costados, mantenían una lejanía inmensa. Y aun así, se podía distinguir con claridad cada que daban un respiro profundo y ensanchaban sus muros para después contraerlos.

—¿Se ensanchaban los muros? ¿Cómo si estuvieran vivos?

—Así, como este cactus. Todo repleto de surcos en el suelo, como un campo preparado en líneas paralelas, dividido en secciones, para ir de ida y de regreso. Nadie ahí, más que unas dos mujeres y un animal...

—¿Cómo era el animal? ¿Se parecía a algo que hubiera en la Tierra?

—Figúrate que se paseaba en cuatro patas, llevaba encima del pelaje blanco una prenda de vinilo flexible blanca y recubierta de cal por dentro. Las mujeres con unas prendas como de cuero semitransparente, varias capas superpuestas que daban una sensación de un movimiento volátil y gelatinoso. Todos se reconocían, a ellos mismos, a los otros, pero de vez en cuando, como un tic, se despersonalizaban y sentían las venas como una raíz caliente que se les drenaba. Pero volvían después de eso, como si nada, y continuaban merodeando en su labor. Creo que entre todos ellos estaban de acuerdo en dejarnos ver, a nosotros, su vida.

—¿Cree que sean los marcianos? ¿Será lo que nos espera? ¿Y qué más pasaba? Que nítidos tiene usted los sueños.

—Lo he tenido muchas veces, recuerdo de memoria lo que me decía uno de ellos, ellos, de esas membranas raras. Me decía: “Pues es que nací distinto, me gesté en muchos vientres, en algún momento estuve en varios al mismo tiempo. Claro, yo ahí adentro no tenía noción de tiempo, ni noción de *yo*, tampoco de *tú*. Era un *nosotros* pero sin ser nombrado, no sabría explicarlo, porque si te lo puedo contar ahorita es precisamente porque ya lo he olvidado. Quizá la vida que viví en

los vientres es más larga que mi vida en sí. No sé, es una pregunta que siempre me hago. Pero mire, el punto era que yo vine aquí como insecto y como humano. Y he adquirido, por defecto, los cambios que trae el cambiar de tierra. Cuando se fundó la Zona Gemela lo primero que hicieron fue enterrar aquí a los muertos, ellos fueron los que pidieron permiso, porque nuestro lenguaje no alcanzaba para saber hacerlo. Pero nací en la montaña, en la canción y en la nave, unos lugares que surgían y otros que al mismo tiempo viajaban y dejaban de ser. Los que apenas habían nacido en la tierra ellos también lloraban y pedían permiso, también se despidieron para ser muertos en otro lado, en otra tierra.”

—Vamos al Mictlán...

—No lo sé, pero sea lo que sea que nos espera, que sea amigable y no una premonición. A veces pienso que en realidad ellos son nosotros, pero en el “futuro”. A veces parece que el futuro está no adelante sino atrás, tiene más relación con la espalda que con los ojos. Yo nunca pude verme la espalda más que poniendo un espejo enfrente y otro atrás. Quizá, después de la caída, desbloqueamos ese tiempo, se nos abrieron esos dos espejos, esa otra forma del tiempo que siempre estuvo, pero estuvo velada.

—También lo creo —hubo silencio.

—¿Y cómo dice que se llama la montaña?

—Graniceres dicen que se llama el Monte Olimpo, más grande que el Ehecatépetl.

—Que nos cuide el dios del viento, que nos proteja de lo que venga.

Los ehecaltepeteños aterrizaron intempestivamente en el Laberinto de Noctis. No sabían qué tan alejados estaban de su destino final. El cactus se cimbró y extendió sus raíces. En el cielo unos soles extraños se asomaron, la tierra roja palpitaba, el vientre de la madre exhalaba, se sentía a Coatlicue en esta tierra. Marte dio la bienvenida al nuevo ciclo de 52 años.

Primer peregrinaje

Los ehecaltepeteños esperaban encontrar ciudades parecidas al modelo de burbuja de sustentabilidad que comenzaron a construir ellos durante la crisis en la Tierra: comunidades en sintonía con la naturaleza, en comunicación con el entorno; con oscuridad para ver los cielos y silencio para escucharlos.

Al principio parecía que el Laberinto era la zona menos habitable del planeta, pero pronto encontraron rastros de una civilización ya establecida con características humanas, incluso con ciertas características de una corporación privada.

Los ehecaltepeteños viajeros, confundidos y sorprendidos, caminaron por una especie de ciudad árida, con casas construidas entre las grietas y otras pendiendo de los riscos, otras más camufladas con el agreste terreno noctiano. Cuando, inesperadamente, un grupo de seres apareció en la cima del risco laberíntico, los viajeros notaron que dichos seres eran muy parecidos a los humanos, pero con algo en su aspecto difícil de describir que los hacía diferentes.

10 ¿Por qué los ehecaltepeteños sospecharon que aquellos que descendían por las “rocas” no pertenecían a la especie humana? Porque a pesar de ser casi idénticos, su mirada era vacía y no usaban ninguna protección contra la compresión y las condiciones de poco oxígeno del planeta rojo. No sabían qué esperar de ellos, no sabían si eran amistosos, sólo mostraban cierta paciencia y suavidad en sus movimientos. Podían asir las palmas de sus manos a las rocas y descender con destreza hasta llegar a su altura y posarse frente a ellos. Podían rodearlos pero no lo hacían, parecían mimetizados unos con otros, como una masa humano-marciana. Uno de ellos extendió su mano en son de paz.

Los ehecaltepeteños no sabían cómo comportarse, pero uno de ellos dio un paso adelante y contestó al saludo. Ellos pidieron al unísono que los siguieran, y los humanos fueron detrás como si no tuvieran opción.

Los días —que en realidad no eran días como tales, sino otras medidas de tiempo— transcurrieron en una rara armonía. Los nuevos humanos ocuparon algunas de las casas deshabitadas de la periferia de la ciudad, algo que se repetía de su vida en la Tierra. Parecían estar destinados a ello, aunque en su interior luchaban contra la idea.

Demasiado tarde cayeron en cuenta que los mensajes que habían recibido les graniceres en el Ehecatépetl no habían sido más que un engaño por parte de la corporación marciana para explotarlos como esclavos y hacerse con su tecnología.

Los ehecaltepeteños, que habían viajado y llegado a Marte como soñadores, se convirtieron en esclavos. Pasaron lunas y soles, tal vez años o meses, decepcionados, hartos y sin posibilidad de escape. Cayeron en la rutina; dejaron de buscar formas de regresar a la Tierra o de escaparse y buscar mejor vida en otros lugares en el cuarto planeta.

Habían aparecido entre ellos algunos humanos a los que no recordaban haber visto durante expedición, y tampoco los recordaban a su llegada. Pero, como vivían en la periferia, se convencieron de que habían llegado antes. Ocupaban las casas de las grietas, y en algún momento decidieron salir a conocer a los ehecaltepeteños. Estos humanos del centro de la ciudad eran muy amables, les hablaban de la agradable vida en el Laberinto, austera pero segura: no tenían que seguir buscando otro lugar y construir una nueva ciudad desde cero, con todas las vicisitudes y peligros que ello conlleva. Los hicieron sentir que ahí era el lugar correcto para vivir.

11 Una noche, durante una fuerte tormenta de polvo, algunos ehecaltepeteños jóvenes y curiosos siguieron a uno de los humanos del centro, pero éste en lugar de meterse en alguna de las grietas escaló el risco. Los jóvenes se preguntaron por qué nunca subían a esa parte del laberinto, nadie se los había impedido. Así que siguieron los pasos del humano con el riesgo de caer, ya que era casi imposible ver diez centímetros frente a sus narices: la niebla de polvo lo cubría todo.

Al llegar a la cima sintieron que el cuerpo se les calentaba, pero en minutos su piel logró regular su temperatura. La tormenta amainó, y aunque parecían haberle perdido el rastro al humano, lograron ver una estructura desvencijada parecida a un laboratorio tecnológico. Entraron sin que nadie les impidiera el paso. Creyeron que se encontraba deshabitado y vacío, así que hicieron planes para apropiarse del espacio y tal vez pasar los atardeceres ahí y mirar las dos pequeñas lunas del planeta.

No se esperaban el hallazgo con el que se enfrentarían al interior: un “híbrido” que parecía ser un experimento biológico, resultado de la fusión entre humano y marciano. El ser se encontraba postrado dentro de una cápsula transparente y podía percibirse que

se le inyectaba en su sistema toda clase de información, identidad e idiosincrasia cultural, recuerdos de experiencias marcianas y terrestres, un nuevo argot ehecaltepeteño en el cerebro para que pudiera empatizar con los venidos de Ecatepec. Se le repetía como en una especie de mantra su principal misión: esclavizar a los venidos de la Tierra.

Los jóvenes ehecaltepeteños no se asustaron del todo y lo tomaron con madurez y cautela, sabían que tenían que hacer algo. El resto de los ehecaltepeteños fueron avisados, y se les pidió que fueran a conocer al ser híbrido. Los jóvenes pudieron acercarse al “no humano” que parecía dormido. A una de ellas se le ocurrió susurrarle cosas al oído en idiomas mesoamericanos antiguos; los demás se enfocaron en buscar armas o tecnología que pudieran serles de utilidad y defenderse así de la corporación marciana.

Uno de los jóvenes se separó del resto y llegó a otra área del conjunto, un domo monumental en donde vio a los demás marcianos agrupados en círculos concéntricos realizando una especie de rito o debate. Parecían quejarse del mal manejo de los líderes de la corporación debido a la escasez de esclavos y de los experimentos genéticos.

12 La sociedad de marcianos no solo estaba tratando de aprender sobre la tecnología de los recién llegados, sino que fabricaba un nuevo ser a costa de ellos: M-E-S-T-I-Z-O, un híbrido superhumano –supermarciano con una fuerza superior a estas dos especies–. Además, tenía el poder de leer y manipular mentes humanas con el objetivo de reprimir cualquier pensamiento y sentimiento de confrontación para así someterles por completo: esclavizarles y manipularles a su conveniencia.

Lo que la corporación marciana tanto envidiaba de los ehecaltepeteños era su capacidad inventiva, así como la práctica y resguardo de conocimientos ancestrales que no lograban entender; lo que hacía tan fuertes a los ehecaltepeteños en la Tierra se había sido la razón para atraerlos a Marte. Cegados por el éxito al engañar a los graniceres en el Ehecátépetl, los integrantes de la corporación marciana continuaron en su búsqueda de crear un ser híbrido, así como en la esclavización de los recién llegados.

Esto fue la gota que derramó el vaso: los jóvenes ehecaltepeteños regresaron con los suyos y los alertaron. Comenzaron a planear la huida. Sabían que el peregrinaje por el Laberinto de Noctis sería de vida o muerte, pero confiaban en su intuición y resiliencia. Estudiaron y ensayaron el movimiento corporal de los marcianos por

meses y decidieron que la mejor opción era escapar poco a poco, a cuentagotas, desplazarse en pequeños grupos haciéndose pasar por miembros de la corporación, actuando como ellos, apagando su mirada. Así cruzaron la ciudad nocturna de un extremo a otro sin ser notados, y se escondieron en las casas de las grietas deshabitadas hasta que todos se juntaron al otro extremo. Y así lo hicieron.

Una vez reunidos todos en el otro extremo de la ciudad emprendieron la peregrinación. Los graniceros del Ehecatépetl habían escuchado sobre el Monte Olimpo, recordaban las palabras de Granicere: “es el lugar de donde provienen los mensajes, los sueños”. Sin otro lugar al que ir y con la esperanza de poder defenderse en caso de un rapto marciano, y sin saber si éste iba a ser otro engaño, decidieron dirigirse hacia allá.

Al poco tiempo los marcianos se dieron cuenta de la huida ehecaltepeteña, gracias al poco movimiento en las casas periféricas. Hicieron un rastreo por la ciudad entera, por las grietas y por las casas enterradas por el polvo para buscarlos.

La tormenta de polvo recrudeció pero los ehecaltepeteños la utilizaron a su favor, dejando que los cubriera con una delgada capa de polvo para camuflarse ante la vista de las brigadas marcianas que se apresuraban a encontrarlos antes de que logran salir de los límites del Laberinto.

Los marcianos notaron entonces la ausencia de una de las cápsulas de hibernación del experimento M-E-S-T-I-Z-O (marciano-humano), y entonces decidieron no sólo perseguirlos sino también eliminarlos; era demasiado arriesgado dejar suelto a uno de los “no humanos”. Algunos marcianos se proclamaron en contra de esta idea, les había costado muchos años crear la nueva arma/híbrido y confiaban en que una vez que despertaran al “no humano” éste acabaría con ellos. Decidieron entonces reforzar las búsquedas.

Los ehecaltepeteños se escondieron bajo el polvo, avanzaban a veces más rápidamente, a veces a contra tormenta. El grupo de jóvenes, los que descubrieron los verdaderos planes marcianos, traían consigo a uno de los “no humanos”: entre la curiosidad y un sentido de pertenencia, no pudieron dejar atrás a uno de los suyos, a pesar de ser un híbrido.

El no humano parecía estar todavía en un trance dentro de la cápsula de hibernación. La joven continuaba susurrándole cosas al oído, incluso le cantaba míticas canciones en idiomas mesoamericanos.

Los demás jóvenes le seguían la corriente porque creían que los cánticos lo mantenían “dormido”.

La peregrinación ehecaltepeteña logró salir del laberinto; sin embargo, la triada de los Montes de Tharsis los sorprendió. Creían haberse perdido, o tal vez era una especie de espejismo o alucinación por los efectos de la atmósfera marciana. Ningún mapa de Marte ni ninguna leyenda u oráculo les previno de este obstáculo. No eran simples montes sino que fungían como torres de alta tensión, o mejor dicho, alta radiación. Esto despertó al Mestizo que traían consigo. Su cerebro se comunicó telepáticamente con los marcianos, delatando la ubicación exacta de los ehecaltepeteños, sus estrategias y escondites, sin que ellos supieran de esto.

Los marcianos comenzaron el rapto y exterminio de los humanos. Los tres Montes de Tharsis se tiñeron de sangre humana y marciana. La corporación superaba a los peregrinos en número, tecnología y conocimiento del entorno. En el Monte Ascraeus, peregrinos humanos lucharon y dieron su vida para permitir la huida de otros. A pesar de las pérdidas, lograron contener el ataque marciano y, al ponerse el sol, terminar la batalla. Durante la noche los peregrinos subieron a la cima del siguiente monte: allí, sin dormir, honraron a los guerreros caídos y se dispusieron a planear una defensa, porque pensar en una victoria al día siguiente parecía imposible: su intención era sobrevivir. En el Monte Pavonis se prepararon para la pelea, sabían que esta vez tendrían que juntar todos sus esfuerzos, pues los pronósticos eran desfavorables.

La batalla inició. Los marcianos causaban grandes estragos y numerosas bajas entre los humanos. Sin embargo, una vez más la niebla de polvo jugó a favor de los ehecaltepeteños: parece ser que Quetzalcóatl, el señor del reino del que vinieron, se hizo presente y, a través de viento y polvo, los marcianos tuvieron que iniciar la retirada, pues la niebla hacía que se eliminaran entre ellos. Así, durante la ausencia del sol, los peregrinos llegaron a la cima del tercer monte.

En el Monte Arsia, mientras los niños dormían y los guerreros y guerreras planeaban la siguiente defensa, el Mestizo, sin que nadie lo viera, despertó y salió de su cápsula de hibernación. Decidido a alertar a los marcianos de la ubicación de los ehecaltepeteños para que realizaran una emboscada esa misma noche, caminó sobre la cima del monte. Algo lo detuvo: una cactácea solitaria con frutos morados

bajo la luz de las lunas. Desprendió un fruto y lo probó. Inmediatamente entró en un trance en el que llegaron a su memoria recuerdos que no eran suyos: la Tierra en crisis, los nopales en el desierto, el viaje de los ehecaltepeteños. Despertó y ya no era el de antes: se había transformado para tomar la identidad de Huitzilopochtli, el señor de la guerra, y prometió salvar a los ehecaltepeteños. Así, al amanecer, desde el Monte Arsia se llevó a cabo una de las batallas más épicas del cosmos. El Mestizo, por su naturaleza guerrera, lideró la batalla y guió a los humanos contra sus opresores. Tras una contienda que parecía perdida, el ejército ehecaltepeteño y su líder guerrero se impusieron ante los sorprendidos marcianos, e iniciaron la travesía triunfal hacia el Monte Olimpo, en donde parecía ser que encontrarían la paz.

Los peregrinos y su protector llegaron al Monte Olimpo, donde construyeron un campamento con la intención de, eventualmente, erigir viviendas de mampostería. Sin embargo, debían reponer fuerzas y primero satisfacer las necesidades básicas. Una noche, poco tiempo después de su llegada al Monte Olimpo, Huitzilopochtli salió de su campamento para hacer guardia y, a pesar de no haber ninguna tormenta de polvo, se encontró con un cielo completamente oscuro: no veía ninguna de las dos lunas. Esto lo alertó y previno a su pueblo: Phobos y Deimos han bajado del cielo. Al parecer, la corporación marciana logró transmutar la energía de los satélites del planeta rojo y convertirlos en guerreras para ayudarlos con la misión de recuperar a su soldado híbrido, ahora “Huitzilopochtli”, y continuar con el plan de utilizarlo como arma para dominar y esclavizar a los ehecaltepeteños o, en dado caso, destruirlos por su espíritu rebelde y esperar la siguiente expedición humana desde la Tierra para lograr su objetivo.

Al ser parte marciano, Huitzilopochtli sabía que el Monte Olimpo le otorgaba ventaja a su pueblo humano, pues era el único lugar en el que los ehecaltepeteños estarían a salvo de sus perseguidores marcianos. Esto se debía a que la presión atmosférica a esa elevación era mortal para los miembros de la corporación; es por eso que sólo habitaban las partes bajas del Laberinto de Noctis. Por otro lado, por su naturaleza marciana, Huitzilopochtli se encontraba débil y no sabía si podría proteger a su pueblo.

Desde la cima del Monte Olimpo, Huitzilopochtli, con su visión superior a la humana, detectó las tropas marcianas en camino, y vio que con ellas venían dos guerreras con poderes cósmicos: Phobos y Deimos, ataviadas con armaduras y armas.

Gracias a su habilidad telepática, Huitzilopochtli organizó a los ehecaltepeteños para formar un ejército que se moviera al unísono e hiciera frente a las guerreras cósmicas, ya que sus poderes, disminuidos por la presión atmosférica elevada, no le permitirán pelear con tanta fuerza.

Los guerreros humanos combatieron contra los marcianos y lograron desactivar los trajes que los protegían de las condiciones del Monte Olimpo. Al mismo tiempo, la batalla entre astros era de escala colosal: durante su combate, provocaron derrumbes en el monte en los que vidas humanas y marcianas se perdieron. Los humanos intentaron apoyar en el combate a su protector, sin embargo, la batalla parecía ser ganada por las diosas nocturnas. Al ver la unión y el vínculo que había entre los humanos, Huitzilopochtli recibió de una pequeña artesana un macuahuitl, arma heredada de sus ancestros. El protector de los humanos encontró motivación y, en un último intento, sabiendo que este desgaste energético lo haría morir, de un golpe certero logró derrotar a Deimos y, con la poca energía que aún le quedaba, someter a Phobos, aunque ella colocó un pedernal en su pecho: todo indicaba que ambos astros se eliminarían. Huitzilopochtli tiró su arma y cayó vencido: su energía vital se había ido. En ese momento se percibió un aura de serenidad en Phobos; hubo un despertar en ella y, al ver caer al protector de los peregrinos, su mente renació. El vínculo que notó entre Huitzilopochtli y los peregrinos era algo que jamás mostraron hacia ella los marcianos. Así nació en ella el sentimiento de la empatía y, de la tierra del monte, se elevó una nube de polvo que al rozar su rostro la transformó en Coatlicue.

Después de este suceso, los pocos marcianos sobrevivientes iniciaron la retirada recogiendo los restos de Deimos. Al anoecer, se pudo apreciar a esta luna nuevamente orbitando. Los ganadores estaban felices por la victoria, pero tristes por la pérdida de su protector. De la mano de Coatlicue, su nueva líder, iniciaron el rito funerario de los caídos y de su héroe. En la noche no hubo celebración, sino luto y cansancio. Al día siguiente, en aquel lugar en donde se enterró a Huitzilopochtli, encontraron más agradable el aire y pudieron ver cómo del terreno, ahora fértil, había florecido una mata de maíz: así tendrían sustento en este sitio. A partir de esa mañana, los peregrinos lo llamaron “Huiztilopochtépetl”, el Monte Huitzilopochtli.

Los peregrinos, motivados por los regalos de su protector, sumado a la energía y sabiduría de su nueva líder, estaban listos para soñar e imaginar una nueva ciudad...

Segundo peregrinaje

Morir en marte

Incluso con milenios de historia documentada en la Tierra y una amplia colección de errores, una renovación había tenido lugar. Una que les había mostrado el camino. Cuando los humanos subieron al cactus que los conduciría a Marte lo hicieron jóvenes. Jóvenes en esperanza, jóvenes en espíritu y jóvenes en cuerpo. Como semillas recién plantadas, habrían de madurar en su nueva tierra. Pero el desenlace natural era que habrían de morir también.

Los recibió la batalla, la esclavitud... La sangre derramada sobre el suelo rojo. La muerte acechaba por doquier y muchos partían con ella antes de su tiempo. Se hubiera perdonado un desdén, incluso un desprecio por la muerte, ¿cómo era posible, sobrevivir para conocer el otro lado de la profecía tan sólo para morir, anónimamente, en lo profundo de un cañón infinito, a manos de un marciano? Sobrevivir, continuar la huida, esas eran las prioridades. Había poco tiempo para las ceremonias. Sin embargo, cuando la muerte venía anunciada, era recibida como una invitada de honor. Se le extendían rituales. La tierra marciana era cruenta entonces, daba sólo los frutos necesarios, se vivía a su merced. Y aun así, se reservaban algunas flores de cempasúchil para los muertos. En esos casos, la muerte se presentaba tranquila, como un sueño que abrazaba a sus víctimas, un coma eterno. Cuando este llegaba, se sabía entonces que habrían de comenzar los rituales. La vida en Marte era un recurso tan raro que incluso sus despojos vacíos merecían atesoramiento. Se cremaba pues, a los muertos, su carbón para siempre recirculando entre los suyos.

Sin embargo, conforme desaparecía el derramamiento de sangre y una vez establecidos en Huiztilopochtépetl, algo extraño comenzó a suceder. El sueño eterno se hacía esperar. Incomprensiblemente, sobre este seco y frágil manto de ese aire, la vida se extendía. De a poco, un año a la vez, se le ganaba terreno a la muerte. Pero a su acostumbrada paz comenzó a preceder una inquietud, un desasosiego del alma que aquejaba a los habitantes de ese extremo de la vida. Al principio, se percibió como una locura, como un precio divino que había de pagarse por esa vida alargada. Se retenía a los ancianos, “pronto vendrá la paz eterna”, se les decía. Pero no eran pocos los que, al contemplarlos presos y agobiados, miraban al cielo

demandando respuestas de Coatlicue. Y lo único que escuchaban era el desierto llamándolos. Sus almas eran arrastradas hacia él. Fuera de las murallas de la ciudad. Ancianos, certeros de tener un propósito, se exiliaron ahí, buscando entre la bruma a su diosa Coatlicue que, con su dulce voz, los arrullaba entre dunas.

Con el tiempo, ésta fue una práctica normal entre la población. Y si bien el sentido detrás de ello podrá haber sido espiritual para rememorar una época de luto y desapego, el fin último era permitir el crecimiento de su civilización resguardando sus recursos. Las ceremonias cambiaron poco, seguían siendo una celebración unida a una despedida, pero ahora bajo la mirada aprobatoria de Marte.

Renacer en Marte

Una noche antes, Yao había estado presente en la ceremonia de su abuela. Se habían cantado canciones, recitado poemas, comido hasta el hartazgo y bailado en armonía con los dioses... Pero al azulear el alba, y tras darle el abrazo más fuerte de su vida, era el momento de que su abuela se marchase sobre el camino de pétalos de cempasúchil que se sumergía en el desierto marciano, del cual nadie regresa nunca, según le habían dicho toda su vida al joven... Y si esto era verdad, entonces ¿por qué dejan que su abuela se vaya así y sola? ¿Es realmente necesario? ¿O justo? Así pues, con estas dudas en mente, sucedió lo inevitable, un día Yao se aventuró al desierto.

Yao corrió decidido sobre pétalos marchitos, deshidratándose rápidamente en la intemperie marciana. Sólo deseando ver a su abuela, conservarla en su vida. De repente, fue engullido por una tormenta de arena, cuyo juego de sombras le mostró el rostro de su abuela. Fueron esas sombras las que funcionaron como un faro que lo llevó a través de la niebla. Y, cuando las arenas se calmaron, la descubrió. Impávida, envuelta en un capullo de barro marciano. Horrorizado, hundió angustiado sus uñas en la cubierta del capullo, pero fue inútil. Por siete días y siete noches, Yao montó guardia junto al montículo. Esperando. Sin embargo, al octavo día, emergió su abuela. Al menos, en lo profundo de su alma, él sabía que era su abuela, pero su apariencia ciertamente ya no era la misma. Nunca había visto un marciano en persona, pues había vivido toda su vida en la seguridad de los muros de piedra de la ciudad. No obstante, eso no significó que no recordara los códices que le habían hecho leer desde la infancia ni las imágenes de los esclavizadores. Por lo visto, su abuela era

ahora una marciana. Con muchísima más altura de lo que recordaba, inclusive fornida, la piel rejuvenecida y los ojos iluminados de una vitalidad envidiable, pero sabios aun. Prácticamente tenía todo aquello característico de esa comunidad.

Y Yao sólo pudo contemplarla inmóvil, el terror que trataron de inculcarle hacia los marcianos iba perdiendo la batalla contra su amor por la mujer que lo había criado y amado. Ella únicamente le devolvió la mirada, y por un momento Yao estuvo seguro de que lo reconoció, pero su abuela se alejó hacia las rocas marcianas. Intentó seguirla, tan rápido como su cuerpo se lo permitió y falló, pues era más grande en ella el deseo de alejarse ahora que su vida humana le parecía distante, debido a su existencia liberada del estado larvario. Y continuó persiguiendo a la marciana, pero pronto colapsó, incapaz de seguir debido a las inclemencias climáticas.

Pasó un día con su noche antes de que Yao despertara. Sus padres lo miraron preocupados, ya que lo creían perdido para siempre, de hecho, pensaron que Marte había decidido cobrarse con él también por darles demasiada prosperidad sin paga. Por fortuna, Yao había regresado. Aunque hablaba sólo disparates. De humanos que se convierten en marcianos y aguardan silenciosos en las arenas. De que su abuela lo recordaba. De cómo ella lo había enviado de regreso a casa porque había tenido que marcharse por otras inquietudes en su cabeza. Y de cómo ella ahora habitaba otra clase de existencia, no una trascendente e intangible, sino una presente y física.

Por supuesto, nadie le creyó. Fue considerado el loco, el apestado de la comunidad. No obstante, eso no evitó que Yao se convirtiera en un predicador desesperado en probar a los demás que los antiguos enemigos y ellos mismos, eran parte de un todo, que la vida marciana los invitaba a despertar de la infancia, y que debían hacerlo. Yao se hizo más fuerte. La verdad, como el polvo marciano, se hace inescapable cuando se vuelve tormenta. Prueba de ello está en que, a lo largo de los años, se sumaron más avistamientos, más testigos, más recuentos de ancestros que no se iban para disolverse en el suelo marciano, no, se iban para convertirse en lo que siempre fueron...

Entonces, la verdad prevaleció y descubrieron que ellos y los marcianos eran los mismos seres, solo que cada uno vivía una diferente etapa de la vida. Nosotros, los humanos, estamos aún en la primera fase de nuestra metamorfosis, dando tímidos pasos hacia la formación de nuestra cálida crisálida; mientras, los marcianos

ya han alcanzado y superado ese nivel. Así pues, nosotros nacimos a partir de ellos, en nuestro cuerpo corre su sangre, en nuestra memoria habita su planeta. Nuestro planeta.

Dicha revelación sacudió las mismísimas bases sobre las que se había construido el pensamiento antropocentrista. Generaciones de humanos habían nacido, crecido y muerto durante milenios pensando que eran la especie dominante, no solamente en la Tierra sino en todo el sistema solar. ¿No habían sido los humanos, pues, quienes habían construido monumentos a su grandeza alrededor del planeta, y conquistado y dominado los desafíos más grandes de la naturaleza? El Everest, la Antártida, Marte mismo... Todos esos logros parecían insignificantes ahora frente a la insondable verdad que habían descubierto en esta, la hora más aciaga.

Esto terminó de romper la poca cordura que los humanos conservaban después de tantas generaciones de esfuerzos y carencias; hubo quienes, desolados tras saberse unas simples larvas en la jerarquía cósmica, decidieron tomar sus propias vidas. Así se descubrió que quienes morían de una manera violenta no experimentaban aquella transformación que los abuelos y abuelas habían descubierto por accidente.

20 En los días posteriores a este acontecimiento, la cantidad de suicidios alcanzó cifras nunca vistas; sin embargo, en cuanto la incertidumbre y conmoción empezaron a calmarse, brotó en la mayoría de la población un sentimiento de asombro, miedo y, sobre todo, una especie de valentía renovada, algo que no habían sentido hace mucho. Por un lado, estaban las nuevas generaciones, conectadas con el suelo rojo a sus pies y los vientos silbantes de la tarde, quienes recibieron este acontecimiento con ansías. Inclusive se hicieron llamar los *Rubrum Chichiluitzli*, un grupo de hombres y mujeres que decidieron construir al interior del volcán Huiztilopochtépetl, creando túneles cual hormigas, con el propósito de unir fuerzas, superar la adversidad, así como también por el deseo de expulsar a los otros humanos de su ciudad y de reclamar ese suelo como un lugar sagrado, pues esa era la tierra de sus ancestros. Ahí habían sido derramadas su sangre y sus lágrimas. en busca de la libertad.

Por otro lado, estaban aquellos encerrados en las torres altas del monte, ensimismados en su tecnología, viendo todo esto como una abominación hacia la naturaleza del hombre. En ellos se despertó el miedo y el odio. Odio por aquellos años de esclavitud hacia sus antepasados, odio por ese suelo árido que los mantenía encerrados,

odio por todo aquello robado... Era un odio cultivado desde ya hace tiempo pero que apenas se hacía visible. Por tanto, apostaron por la tecnificación. Creyendo en la grandeza del metal modificaron su cuerpo tantas veces que, según varias leyendas, se convirtieron en seres extraños, corrompidos... vacíos. Su alma —o aquella esencia que aletea en cada ser— se había podrido lentamente, impidiéndoles acceder a la etapa marciana, dejando meras máquinas sin corazón con uno que otro pedazo de emoción. Esta nueva tecno-humanidad, u *Homo Technicus*, tenía un sólo objetivo en la mente: acabar con los marcianos, tanto con los nuevos como con los nativos, y así reclamar el planeta rojo para ellos mismos.

Finalmente, la gran guerra se desató. Todos lucharon contra todos. Se destruyeron como las ilusiones de un niño plazas, torres y toda majestuosa construcción, siendo esto precisamente lo que los marcianos nativos habían temido por tanto tiempo: la destrucción de su planeta por culpa de neófitos y de tecnohumanos incapaces de convivir. Y así, aquella ciudad, nacida de ideales ajenos y de visiones inconexas con el mundo a su alrededor, fue el escenario de una de las peores masacres de la nueva historia marciana.

21 Los *Rubrum Chichiluitztli* lucharon por la libertad arrebatada por sus ancestros tiempo atrás, la libertad de verdaderamente ser un marciano. Por otro lado, los tecnohumanos, desprovistos de alma, buscaban la permanencia del hombre dentro de los límites establecidos, ¿Qué era de ellos sin cuerpos que habitar, sin almas que arrebatarse, sin niños que criar?

Después de soles y noches que parecieron años, los *Rubrum Chichiluitztli* rompieron las murallas que los aprisionaban, sometieron a los tecnohumanos que los mantenían cautivos y escaparon de la ciudad de plazas grandes, torres altas, caminos amplios y sueños rotos. No querían volver la vista atrás, pues lo que para unos alguna vez fue la expresión del máximo poder humano, para ellos eran solamente ilusiones de un mundo ajeno.

A la deriva vagaron bajando las laderas del Huiztilopochtépetl sin apenas sentirlo, sin cansancio y sin tristeza, pues sabían que ahora eran parte de ese suelo rojo, de esa arena fina, de esa bruma cegadora y de esos atardeceres azules. Sus cuerpos y almas se entregaron a lo que sus cactus sagrados les indicaban. El desierto los llamaba y, sin apenas notarlo, se encontraron dentro de las entrañas de Marte.

Fundación

Bajo el Huiztilopochtépetl vivían los subterráneos que aceptaron su marcianidad. En las profundidades rocosas comenzaron a vivir como podían. Comenzaron a viajar. Transformándose. Adaptándose. Absorbiendo, reutilizando, convirtiendo. Nuevas pieles. Nuevas costumbres durante un par de generaciones.

Grandes tormentas afectaron las máquinas y asentamientos de los tecnohumanos, que se vieron afectados por una rara enfermedad, la fiebre roja. Durante una escaramuza en la superficie, peleando por las últimas capas de cabras que existían en el planeta, se dieron cuenta que esa enfermedad no afectaba a los subterráneos, a los rubrum. Muchos tecnohumanos fueron tomados como prisioneros. En secreto, algunos rubrum jóvenes, que no entendían el porqué de la guerra, empezaron a curar a varios tecnohumanos con el conocimiento y riquezas obtenidas de las profundidades. Los prisioneros agradecidos empezaron a compartirles la historia de las estrellas. Los rubrum jóvenes decidieron terminar con la guerra antigua.

Esto disparó una etapa de intercambio cultural donde ambos bandos comenzaron a ver que los beneficios de estar juntos eran mayores a las diferencias en las visiones del mundo de cada grupo en particular. Decidieron unirse. Intercambiaron tecnología y lenguaje, y también formas de vivir.

De camino a la Planicie de Argyre, el grupo ahora reunido encontró nuevas relaciones con el tunal y nopal originario. Durante un evento de re-incorporación, los grupos antes divididos tomaron parte de un ritual micológico donde se consolidaron los poderes humanos y marcianos de conectarse con todo lo que les rodeaba, así como de adaptarse en tiempo real y de forma más ética y eficiente con individuos y con paisajes. Esto sucedió en una gran caverna bajo un cráter, donde un agujero en el techo dejaba ver la “estrella” terrestre como buen augurio. Juntos encontraron el micelio y raíces marcianas, y con ellas unieron su alma, entrelazando el agua y las estrellas. Juntos aprendieron nuevas lenguas y formas de vivir. Juntos empezaron a explorar. Juntos encontraron el lugar de Fundación: Argyre.

Los dioses terrestres, conmovidos por la historia de los peregrinos, decidieron ayudar y les acompañaron en el camino. Dos generaciones pasaron, y la luz reflejada por el cuerpo terrestre los llevó a Argyre. Con gran júbilo, se fundó Martenochtítlan. La música

electrónica todavía suena en celebración. Cada vez que se brinda con pulque recordamos esta fundación. Así fue como se fundó Martenochtitlan.

Palabras brotaron, incontables historias que setejían, se bifurcaban, marchitaban y conquistaban poco apoco al cuarto planeta. Una de tantas hebras es la de Yohualli.

La fundación convergente re-emergente

Una vez más una constelación de sensores se encendió alrededor del cráneo de Yohualli. Los otros ya hacía mucho que habían perdido el interés, la cautela y el asombro. La mantenían observada, desde luego, pero de forma sorprendentemente relajada. “Si yo tuviera esos endemoniados instintos y reflejos, también andaría como si nada”, pensó, sabiendo que en un par de segundos al menos tres de las criaturas rojizas estarían sobre ella sujetándola con sus correosas manos cubiertas de callos y vellosidades, enseñando los dientes embarrados de tierra y gusanos. Ventajas de ser bestias simples, a final de cuentas. Tener tantas pieles y tantas armas en el cuerpo. No darle vueltas a las cosas.

23

Los sensores se apagaron tan pronto como se encendieron. Nada nuevo. Ya casi nunca había algo nuevo.



“Y ¿ahora qué?” se preguntaba cada día al despertar en la oscuridad desmentida débilmente por la bioluminiscencia entre las placas de piedra de las cavernas y los pequeños fuegos que protegían los otros. “¿Soy prisionera de guerra? ¿Esclava?” Nadie parecía saber realmente qué hacer con ella. Ocasionalmente, al inicio, le asignaban tareas fáciles de comunicar y realizar, pero su onerosa configuración biónica la volvía risiblemente incompetente para la mayoría de las delicadas tareas a las que los rojos estaban acostumbrados, y al final optaron por evitar que estorbara. La dejaron hacer lo que quisiera y eso la confundía.

—¿Qué debo querer hacer?



Relativamente sola y en paz anduvo entonces, entre los rojos. Sola hasta que llegó aquél molesto niño. Ya lo había visto antes, observándola de lejos con la boca abierta, babeando. El infante se percibía no tan activo como los demás miembros. Más curioso y menos trabajador. Las matriarcas lo jaloneaban de aquí para allá cuando era necesario que el grupo se moviera de manera coherente, pero en general le daban rienda bastante suelta, como a ella. Pronto perdió la pena y el miedo o lo que sea que los rojos sienten antes de tomar decisiones interpersonales y se propuso pasar largos periodos de tiempo junto a ella, agazapado en esa posición animal, esperando a que los sensores reaccionaran.

—No sé por qué se encienden —le dijo Yohualli un día—. Todos están muertos.

Demasiados recuerdos orgánicos. Demasiados datos. ¿Por cuánto tiempo más sobrevivirá la memoria de la guerra? ¿Cuántos más como yo quedan?

—Muertos —dijo el niño, asintiendo—. Todos muertos.



El lenguaje nunca fue un problema. Cortos de palabras y de significados, los rojos podrían haber conversado fácilmente con Yohualli sobre temas rutinarios, pero simplemente decidían no hacerlo y eso le venía bien a ella. El chamaco, sin embargo, se empeñaba cada día en elaborar preguntas cada vez más complejas acerca de sus cuerpos, de sus diferencias. De sus historias. En un par de meses estaban ya comparando ideas profundas, no porque Yohualli en particular disfrutara de tales rudimentarias elucubraciones existencialistas bajo las presentes circunstancias, sino porque el morro, ese rojizo faldero, nomás no se iba.

A falta de opciones, Yohualli se dejó interrogar. Hablaron de luz y oscuridad. De lujo y necesidad. De por qué y para qué. De todo, casi.

—Muertos —dijo el niño un día al final de un ritual de reciclado. Un viejo rojo se había roto varios huesos en un tropezón y el grupo decidió adelantarle su despedida.

“Todos”, concordó la joven. “Hasta que no haya ninguno”.

Cuerpos vivos bajo tierra. Cuerpos no vivos enterrados, reutilizados. Cuerpos con nombre y sin nombre. ¿Qué deben querer tantos cuerpos?



—Chichi —gritó Yohualli repentinamente una mañana—. Te voy a decir Chichi.

Los rojos no usaban nombres individuales entre ellos, pero esta particular situación parecía exigir uno.

—Chichi —replicó Chichi al ver los sensores de la muchacha cobrar vida—. Chichi, Chichi.

25

Yohualli extendió su brazo y el holograma de un perro negro emergió de uno de los módulos visuales que utilizaban los tecnos para complementar sus comunicaciones. El perro brincaba y movía la cola. Chichi lo imitaba y lloraba con cada sucesiva carcajada.

La noche y el sueño los atrapó acurrucados, luchando juntos contra el frío, cansados de ver holos de perros muertos hace mucho tiempo.



Un estruendo los despertó. Los sensores se volvieron locos, inundando el cerebro de Yohualli. A falta de uso, la repentina descarga de información la hizo gritar de dolor. Además, el mensaje contenido en el flujo era, indudablemente, un mensaje de agonía pura. Más muerte. Se levantó de inmediato y comenzó a correr con urgencia en pos del origen del alboroto. Los rojos pudieron haberla detenido, pero nadie estaba persiguiéndola. Solo miraban desde allá, haciéndose chiquitos todos excepto Chichi que ahora corría a su lado. Riendo.

Ver esa horriblemente hermosa risa dientuda tan de repente y entre tanto caos informático fue más de lo que pudo soportar. El cabello grasoso de aquella bestia roja le tapaba alternadamente un ojo y luego el otro en cada trote. Los pedacitos de trapo, plástico y metal de su vestimenta chocaban entre sí y el ruido que provocaban le parecía ahora ofensivo a Yohualli. Ridículo, todo esto. Le tiró una rabiosa patada, lanzándolo contra unos contenedores de composta y continuó tras el llamado de los datos, desapareciendo entre los pasadizos de roca.



—Tantas tumbas —dijo la muchacha. Se encontraba sentada, miserable e inmóvil, cuando Chichi hizo sonar sus pasitos en la recién iluminada caverna.

La luz de la vieja Tierra se esforzaba por perforar la corteza de polvo marciano sobre la planicie de Argyre, pestañeando de vez en cuando a través del agujero que ahora convidaba también luz del día a la cueva a la que la señal la había guiado. Más que una cueva, ese lugar era una magnífica sala subterránea, inmensa, con estalactitas y formaciones geométricas de una blancura insoportable. En el centro del anfiteatro, lo que fue una vez un implacable y perfecto Quetzalcóatl emitía ahora sus últimos respiros digitales, sus circuitos fritos por la radiación y la irreversible violencia de las últimas batallas.

—Nomás una —dijo Chichi quedamente a su lado.

—Tumbas de dioses —replicó Yohualli mientras acariciaba la letra equis en un trozo de escama que había salido desprendido de la serpiente cibernética—. Tumbas de hombres y de hombres pretendiendo ser dioses. Cada recuerdo, Chichi. Son muchas pinches tumbas.

El niño se acercó al dragón caído, poniendo a Yohualli en alerta; las deidades de guerra nunca fueron juguetes y aún moribundas eran letales. Quiso levantarse pero ahora sí fue detenida, no con fuerza pero con firmeza, por un conjunto de manos rugosas. Detrás de ella, varios adultos del grupo ojeaban con calma la escena.

—Donde vivimos juntos hoy será una tumba mañana —dijo él.— Es mejor tener nomás una para todos. Una nueva fundación cada día, los vivos encima de los muertos.

Brotó del suelo entonces una sustancia amarillenta que rápido fue a consumir los decadentes componentes de Quetzalcóatl, envolviendo cada pulgada de plástico, metal y silicio en una brillante red de apariencia biológica. Chichi, diminuto frente a la enorme divinidad caída, tocó la dorada materia y se puso a cantar.

Yohualli sintió el canto en sus huesos y nervios, los pocos que le quedaban. Pero también lo sintió en sus propios componentes cibernéticos. Los datos fluían de maneras distintas, en configuraciones que nunca había experimentado. Y no solo los suyos. Los pensamientos y las emociones de todo el grupo, tanto privadas como colectivas, se disparaban en todas direcciones dentro de su cuerpo.

Los adultos la soltaron para enfocarse en el canto ellos mismos. Todos estaban cantando.

El niño se acercó a ella. Sus ojos ya no eran los mismos; ahora brillaban con la intensidad no de una vida individual sino de muchas conectadas, pasadas, presentes y futuras. Su postura y su temple eran nuevos, siempre nuevos a cada instante. Artificio, naturaleza y tiempo tejidos mediante lazos imposibles de comprender.

—¿Qué debo querer hacer, Chichi?

—Sabe. Solo soy un niño que hace poco parecía perro —respondió.

